

Mientras sube la marea

Un cielo, sucio, apagado, despojado de estrellas y envuelto en brumas. Un mar inquieto, oscuro, opaco. Y en medio de ese caos, unos gritos ahogados por el viento y la marea. Unos gritos desesperados, pidiendo ayuda. Los gritos del que se niega a morir ahogado en el mar pero no sabe cómo luchar contra la marea. Unos gritos de los que solo el viento sería testigo.

Y, lenta pero imparablemente, la marea sube, y sabe que dejará de hacer pie en algún momento, y que si nadie actúa para salvarle, morirá. Pero nadie va a venir; está solo, y lo sabe. También sabe que es más sencillo desistir y dejar de sufrir, abandonar, pero hay aún una pequeña parte de él que se niega a morir así, ahogado por la marea en un mar de alquitrán, y aunque sabe que es inútil, no se rinde, no desiste en su esfuerzo por escapar, porque aún cree ver la luz bajo la tormenta.

¿Cómo es que ha acabado ahí? Intenta hacer memoria, pero a su mente solo acuden recuerdos borrosos e incoherentes.

Y se escuchan más gritos, más gritos que suplican auxilio, más gritos que piden desesperadamente escapar de aquel destino. Pero sabe que es tarde, que ya nadie escucha sus gritos ahogados. Y mientras, la marea sigue subiendo, lenta y agónicamente, una tortura de la que no puede escapar. Ya casi parece placentero morir.

¿Por qué nadie escucha sus gritos, por qué nadie hace nada? Está solo.

Sabe que cuenta con el agua hasta el cuello, y que se ahoga en un mar en el que no sabe nadar. Sabe que en cualquier momento morirá, ya sea ahogado o por agotamiento. Son en vano sus esfuerzos e inútiles sus gritos. Y la marea sube, sigue subiendo. Y sus fuerzas se acaban. No puede seguir así, chapoteando solo en medio de la negrura. Y quiere llorar, solo quiere llorar, pero no puede permitirse perder sus últimas fuerzas así. Y, de repente, se da cuenta de que ya no puede más. Ya no puede más. Ya no puede seguir así. Sabe que cuando se vuelva a hundir en el mar, ya no volverá a salir. Y grita, grita con las pocas fuerzas que le quedan, grita sabiendo que morirá igual, grita, apenas un susurro ahogado por el viento y el oleaje.

Y, a lo lejos, cree ver una luz. Pero, ¿qué iba a hacer nadie ahí? No pasan barcos por su mar...

Y, a lo lejos también queda todo; a lo lejos queda su familia, sus amigos, sus gustos, sus aficiones... Y, mientras se ahoga, sin poder respirar bajo el mar de alquitrán, todo va quedando más lejos, y cada vez se acerca más a la muerte.

Pero no. No puede morir así. No puede estando tan cerca de la salvación. No puede. Tiene que luchar. Tiene que seguir adelante. Por él. Por todo aquello que ahora queda tan lejos. No puede ahogarse ahora, ahora que ha visto la luz, no puede, ¡no puede!

Alguien le ha visto, alguien ha ido a salvarle, alguien... Y sabe que no tiene ya fuerzas, que su cuerpo se ha preparado ya para morir, que no hay escapatoria teniendo su salvavidas a su lado... Pero se niega a morir. Se niega a morir presa de esa agónica tortura que no solo ha estado ahogando sus pulmones, sino también su alma.

La superficie está lejos, y apenas le queda ya oxígeno; se está empezando a llenar su cuerpo de negrura. Pero necesita salir, ¡necesita salir!

Y oye una voz en la superficie, una voz que lo llama con la misma agonía que la suya, una voz que sabe que ha llegado tarde, cuando estaba al borde del abismo, cuando ya no tenía oxígeno, una voz que lo ha visto y oído todo, pero que no ha hecho nada por detener aquel infierno hasta que ya era demasiado tarde. Una de tantas. Pero necesita enmendar su error, necesita evitar la tragedia, necesita hacer lo que no hizo en tanto tiempo...

La superficie está cada vez más cerca, y ya se pueden distinguir algunas formas, pero cada vez su visión se va oscureciendo más, cada vez se ve todo más borroso, cada vez se acerca más a la vida... y a la muerte. Pero, ¡solo quedan unos metros, solo unos metros para la salvación, solo unos metros para vivir!

Y, en su barquita, intenta buscarlo bajo el agua negra, intenta salvarlo a pesar de que sabe que es tarde. Debió hacer algo cuando vio que se empezaba a ahogar, cuando vio que la oscuridad se apoderaba de su alma, cuando empezó a ver que algo andaba mal. Pero no hizo nada, intentando creer que todo estaba bien, como todos. Y no quería ser ya como todos. Porque había visto con sus propios ojos cómo eran los demás, ese grupo indefinido pero muy real. Era una lástima que se hubiera dado cuenta tarde, cuando apenas podía hacer nada... solo esperar que aún quedaran fuerzas en él. Que no se ahogara, solo esperar que no se ahogara en aquel mar de negrura en el que se había sumido.

Ya casi tocaba la superficie. Ya estaba saliendo de aquel mar, ya estaba salvado... Tras tanto sufrimiento, tanta agonía, tanta angustia, consigue sacar la cabeza del mar, consigue escapar... Y entonces una ola que no había esperado consiguió arrastrarle de nuevo al fondo. Para siempre.

— ¡No! —fue lo único que pudo decir, antes de ver cómo saltaba de la azotea.

Y habría deseado morir por él, encontrarse en su lugar evitando su muerte... Pero nada podía hacer ya; ya se lo había llevado la marea.

El catastrofista